

Domingo XI Tiempo Ordinario

2 Samuel 12, 7 - 10, 13; Gálatas 2, 16, 19 - 21; Lucas 7,36-8,3

« *¿Quién de ellos le amará más?* »

16 Junio 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« *Dios necesita que aceptemos nuestras debilidades y nos mostremos frágiles y heridos al suplicar su perdón* »

¡Si lográramos entender cómo es el amor de Dios! Nos cuesta mucho percibir su amor. Entender que nos quiere como lo más sagrado y nos guarda, y nos abraza. Nos gustaría experimentar siempre ese amor cercano y tangible. Pero a veces no logramos entender que sus silencios son respuestas, sus sombras su presencia y sus caricias soledades. Dios nos ama porque se ha enamorado de nosotros. Nos mira en lo más profundo y ve lo que no queremos que nadie vea. Y le gusta, sí, curiosamente le gustamos. Ama lo que Él mismo ha creado. Ama a sus hijos aunque nos vea cubiertos de barro. Se derrite al ver nuestra mirada que suplica perdón, al ver nuestros gestos torpes que quieren mostrar amor. Nos conoce, sabe cómo somos, no le engañamos, no podemos. Nos ama tanto que nos sostiene en la palma de su mano. Dicen que las manos son esa parte del cuerpo que más cerca está de los ojos. Sí, así nos quiere Dios. Nos acerca hasta sus ojos para mirarnos y amarnos. Las manos de Dios son grandes y fuertes. En ellas podemos descansar, son seguras. Son manos firmes que sostienen el timón de nuestra vida. ¡Qué importantes son las manos! Son esa parte de nuestro cuerpo que a veces no valoramos tanto. Con ellas acariciamos o golpeamos, cogemos o abandonamos. En ellas encuentran algunos el descanso y otros perciben inquietud. Las manos santifican y bendicen, o condenan sin dar paso al perdón. Las manos pueden ser tiernas o duras, flexibles o rígidas. En las manos se encuentra nuestro pecado o nuestro propio perdón. Las manos pueden estar llenas de cosas o vacías, sin méritos, abiertas. Cerradas con los puños crispados o con la palma vuelta hacia el cielo. Suplicando o alejando a Dios de nuestra vida. Con las manos limpiamos los pies de los otros, humillados, abajados, o ensuciamos la vida de los demás con críticas y desprecios. Con las manos expresamos el amor acariciando o el rechazo alejando. ¡Qué importante es saber amar con nuestras manos! ¡Qué importante saber bendecir con ellas! Manos que bendicen, que consagran, que parten el pan para otros. Manos que aplauden y admirar, que cantan y gritan. Manos que estrechan las distancias y borran los pecados. Manos que salvan y liberan o hunden y condenan. ¿Cómo son nuestras manos? ¿Cómo hacemos de ellas expresión del amor de Dios hacia los hombres? Queremos aprender a entregar el amor de Dios en nuestras manos. Cobijar al perdido y sostener al que se cae. Queremos que en nuestras manos muchos encuentren descanso y sosiego. Queremos bendecir, contener la ira y sostener el desaliento. **Nuestras manos pueden ser expresión de un amor más grande.**

En la vida hay sombras y luces, hay crepúsculos y amaneceres, hay vida y hay muerte. No todo es lo que parece ser y, a veces, nos confundimos. No siempre estamos tan lejos de Dios, no siempre estamos cerca. En el camino de la vida nos acercamos a Él de rodillas o nos hundimos en el mundo abrazados a nuestros deseos. Somos contradictorios, vivimos en los extremos. Somos prudentes e imprudentes. Pacientes e impacientes, con el ritmo de la vida, con el anhelo que tenemos de tocar el cielo. Seguros en nuestros deseos, e inseguros en muchas decisiones. Pacificos al vivir la paz del cielo y rebeldes contra las injusticias. Enamorados de la vida con su profundidad y libres para darlo todo cuando el Señor nos lo pida. Ciudadanos del cielo en medio del mundo. Radicales al vivir los ideales y

misericordiosos con las caídas. A veces sabios, a veces ignorantes. Con muchas preguntas y pocas respuestas. Con dudas y certezas, perdidos y encontrados. Con miedos y algunas quejas. Con oscuridades y luces. Sin tener la meta en las manos, sin dejar de luchar por alcanzarla. Curiosos y tranquilos. Alegres por la historia sufrida, muchas veces en el dolor, otras tantas en la paz. A punto de tocar el cielo con las manos y capaces de caer en lo más hondo llenos de miedos. Dispuestos a acoger la misericordia con las manos vacías y deseosos de entregarla con humildad a los más necesitados. Sencillos y orgullosos. Fuertes y débiles. Audaces y cobardes. Así es nuestra vida. Como decía Nadal después de una victoria: *«No creo en grandes euforias ni en grandes dramas. Hay cosas que no sé si podré hacer, pero de lo que sí estoy seguro es de que puedo intentarlo. Soy una persona positiva, pero las dudas son parte de la vida. Los que no tienen dudas son muy arrogantes. Hay que disfrutar las situaciones difíciles, los problemas, el salvar situaciones duras y encontrar soluciones»*. En definitiva, en nuestra vida hay que saber sufrir, aguantar, luchar hasta el último punto del partido. Hay que aprender a vivir, porque la vida es corta y se nos escapa de las manos. Un poema de León Felipe dice así: *«Marinero, capitán, no temas navegar. El tesoro que buscamos no está en el fondo del puerto, está en el fondo del mar»*. Se puede perder o ganar, pero eso es lo de menos, poco importa, porque todo pasa. Queremos estar dispuestos a navegar mar adentro, a arriesgar en la entrega, a luchar siempre. Lo que nos diferencia del resto del mundo es nuestro espíritu de lucha, nuestro deseo de llegar a la meta, **la capacidad para el sacrificio y el convencimiento de que si no creemos en nosotros mismos nadie más lo hará**.

Es verdad que nuestro pecado nos puede hundir y acabar con la esperanza en nuestro corazón. Muchas veces el pecado nos aleja de Dios, nos hace sentirnos indignos, borra del alma la conciencia de que somos obra de Dios. Nos olvidamos de su misericordia y vemos que no somos capaces de perdonarnos a nosotros mismos. En esos momentos huimos de Dios. Nos cuesta mucho aceptar el perdón. Y precisamente el perdón sana nuestro corazón herido y nos hace volver a sentirnos hijos predilectos. Porque es cierto, somos sus hijos, aunque nos sorprendan nuestras caídas. El rey David, después de su terrible pecado, después de haber mentido y urdido un plan buscando su propio bien, recibe de Dios el perdón: *«Yo te he ungido rey de Israel y te he librado de las manos de Saúl. Te he dado la casa de tu señor y he puesto en tu seno las mujeres de tu señor; te he dado la casa de Israel y de Judá; y si es poco, te añadiré todavía otras cosas. ¿Por qué has menospreciado a Dios haciendo lo malo a sus ojos, matando a espada a Urías el hitita, tomando a su mujer por mujer tuya y matándole por la espada de los amonitas? Pues bien, nunca se apartará la espada de tu casa, ya que me has despreciado y has tomado la mujer de Urías el hitita para mujer tuya. David dijo a Natán: - He pecado contra Dios. Respondió Natán a David: - También Dios perdona tu pecado; no morirás»*. 2 Samuel 12, 7 - 10, 13. Dios perdona el pecado de David y perdona siempre nuestro pecado. Él nos levanta y sostiene. No le alegran nuestras caídas, le entristecen nuestras limitaciones cuando no somos capaces de creer en todo lo que Él puede hacer con nosotros. Sin embargo, su perdón nos purifica. Pero, a pesar de ello, a pesar del perdón que Dios nos da, nos cuesta muchas veces sentirnos perdonados. Hoy cuenta Jesús una parábola: *«Simón, tengo algo que decirte. El dijo: - Di, maestro. Un acreedor tenía dos deudores. Uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más? Respondió Simón: - Supongo que aquel a quien perdonó más»*. Nos cuesta tocar el perdón de Dios. Porque nosotros mismos no nos acabamos de perdonar. Sentimos la culpa que hiere el alma. No logramos pasar página y volver a retomar el camino. No aceptamos ser débiles. Porque suele ser el orgullo, nuestro amor propio, lo que nos impide aceptar la debilidad como parte de nuestra vida. Quisiéramos tener la experiencia del amor de Dios que vivió S. Pablo: *«Con Cristo estoy crucificado y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí»*. Gálatas 2, 16, 19 - 21. **¿Cuánto nos ha perdonado Dios? ¿Cuántas veces recurrimos a Él a buscar su perdón en la confesión? ¿Cuántas veces su abrazo nos levanta y sostiene para cambiar?**

En ocasiones lo que nos cuesta no es perdonarnos sino ver nuestro propio pecado, la maldad de nuestros actos, nuestra desidia o dejadez. Vamos por la vida sintiendo que no

debemos nada a nadie. Pensamos que lo hacemos todo bien, y si no perfecto, que es imposible, sí bastante bien. Nos alegramos con nuestros éxitos y no comprendemos que alguien nos hable de la necesidad de ser perdonados. Decía el P. Kentenich: «*El arrepentimiento genuino y verdadero es una fuerza sanadora y santificadora. No sólo aparto mi voluntad del error sino que abrazo al mismo tiempo con gran fervor el bien que había negado*»¹. El arrepentimiento es el deseo de ser mejores, de volver a empezar, de retomar nuestra vida e iniciar un camino nuevo. Tal vez Simón, el fariseo que acoge a Jesús en su casa y veía actuar a Jesús, no pensaba que él tuviera que ser perdonado. El Papa Francisco comenta: «*El problema no es ser pecadores. El problema es no arrepentirse del pecado, no sentir vergüenza de lo que hemos hecho*». Aquel al que más se le ha perdonado puede amar más, necesita amar más, quiere dar su vida a cambio del perdón recibido. Sin embargo, aquel que no ha experimentado el perdón, porque cree que pocos motivos tiene para ser perdonado, camina por la vida con poco amor. Actuamos mal con frecuencia, pecamos por omisión, nuestro amor es frágil y débil, y, sin embargo, no sentimos que tengamos que arrepentirnos de nada. Esta actitud no nos ayuda a crecer. Porque, como leía el otro día, «*el único verdadero error es aquel del que no aprendemos nada*»². Cuando no nos arrepentimos de lo que hacemos, cuando todo lo justificamos encontrando buenas razones, cuando siempre tenemos excusas para salvar nuestra imagen cuando caemos, no crecemos y no avanzamos. Precisamente la vida avanza a partir de los errores reconocidos y asumidos, a partir del momento en el que aprendemos a pedir perdón. A partir de la experiencia en que alguien nos recuerda todo lo que valemos, nos abraza y nos entrega su perdón. Así es Dios. Es el Padre que recibe al hijo pródigo. Es Jesús que hoy sostiene a una mujer herida. Así es ese amor inmenso que nos cobija. Pero para eso tenemos que aprender a descubrir los muchos motivos que tenemos para arrepentirnos y seguir creciendo. Los pecados no asumidos, aquello de lo que no nos arrepentimos, se convierte en estilo de vida y puede alejarnos de Dios. **Él necesita que aceptemos nuestras debilidades y nos mostremos frágiles y heridos a suplicar su perdón.**

El amor y el perdón están entrañablemente unidos. «*Él le dijo: - Has juzgado bien, y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: - ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra. Y le dijo a ella: - Tus pecados quedan perdonados. Los comensales empezaron a decirse para sí: - ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados? Pero él dijo a la mujer: - Tu fe te ha salvado. Vete en paz*». Lucas 7,36-8,3. Jesús conoce el corazón de las personas. Mira los sentimientos, mira el interior. No se queda en el hecho de que Simón sea un fariseo, no se para a pensar quién es esa mujer que le lava y besa los pies. Él ve el miedo y el tesoro que hay en lo hondo de cada uno y a cada uno llega de una manera diferente, calmando, exigiendo, cuidando, pidiendo. Lo hace de la misma manera con nosotros; con cada uno usa un camino distinto para llegar al corazón, según nuestro anhelo, nuestra vida, nuestra necesidad. No desprecia al fariseo ni tampoco a la mujer que lo busca y ama. A cada uno le habla de una forma, según lo que necesita, según como se encuentra. Impresiona ver cómo se acerca sin un juicio previo a nuestro corazón y rescata lo más bello que hay en nuestra vida. Nos desvela la verdad más profunda, nuestro nombre. Nos perdona con sencillez, sin guardar cuenta del mal, sin recordarnos lo lejos que estamos del ideal. Jesús confía en el hombre, cree en el poder que tiene su amor, cree en la fe que puede mover sus pasos. Cree en nosotros mucho más de lo que nosotros mismos creemos. Viene a mostrarnos cómo es ese amor incansable de Dios. No da a nadie por perdido. No etiqueta alejándonos de sus ojos. Cada persona para Él merece la pena, es importante. Así quisiéramos tratar a los que nos rodean. Mirar sin juicio. Perdonar sin exigir nada. Abrazar sin pedir un cambio inmediato. Normalmente nos cuesta

¹ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 235

² John Powell. “El secreto para seguir amando”, 85

perdonar. Juzgamos en el corazón y, cuando nos sentimos ofendidos, nos cerramos. Perdonar significa no llevar cuenta del mal. Implica saber olvidar las ofensas y aceptar al otro en su debilidad. El perdón sana al que lo da y al que lo recibe. **Al perdonar nos liberamos, nos hacemos más semejantes a Dios; crece en el corazón la capacidad de amar.**

Hay una pregunta final que nos impresiona: «*¿Quién es éste que hasta perdona pecados?*» Este relato muestra quién es Jesús. Es personal, misericordioso, sencillo, abierto a toda persona; se deja invitar por cualquiera, comparte la vida, se deja tocar, besar, ungir; mira en lo profundo del corazón, perdona, levanta, se detiene ante cada uno, sólo le importa el amor, confía sin quedarse en sus miedos, da esperanza cuando el juicio parece no dejar pasar la luz. En esta ocasión no hay milagros exteriores, curaciones sorprendentes, no hay cojos caminando, ni muertos que resucitan. En esta oportunidad todo sucede desde el corazón de Jesús al corazón de Simón y de la mujer. Todo ocurre en el silencio, en la fuerza del Espíritu presente en la escena. Nada es sorprendente. Parece que no suceda nada especial, porque todo sucede en el interior del corazón y no lo vemos. Es el encuentro sencillo entre Jesús y una mujer, entre Jesús y Simón en medio de la vida de los tres. La pregunta que nos queda es saber si ese encuentro cambió la vida de aquella mujer y la vida de Simón o todo siguió igual, sin cambios. Pudo ser una comida más o el momento clave en sus vidas. ¿Qué les sucedería después de esa comida? Para la mujer parece evidente que algo cambió. Sus pecados le fueron perdonados, la fe la había salvado. Nada podía seguir como antes. Su gesto de amor, arrodillada ante el maestro. Sus cabellos, el perfume, al amor derramado. No era teatro, era su vida, era el gesto más humillante y santo, más degradante y sagrado. ¿Sabía que iba a ser perdonada? Llevaría en su corazón como un estigma la llaga de una herida, de un desamor, del odio grabado desde niña. La mujer buscaba el amor de Dios, el perdón de aquel hombre: «*Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con perfume*». Aquella que había sido rechazada por tantos se arrodillaba ante aquel que no la rechazaría. Nos gustaría poder ver su rostro, su mirada, sus lágrimas. Nos gustaría comprobar que su vida había dado un vuelco y había iniciado un nuevo camino. Nos gustaría ver sus saltos de alegría al salir feliz de aquella casa. Sí, definitivamente su vida sería diferente. Había sido perdonada y su amor era grande. Amaba a aquel hombre, eso seguro, pero también amaría mucho más. A los suyos. A los que antes no quería. A los que tal vez odiaba. Su amor era mucho más grande ahora que su dolor. Es cierto, el amor siempre es más fuerte que el odio. El perdón sana heridas profundas y devuelve la luz a la mirada. **El perdón devuelve la dignidad perdida y nos hace tomar conciencia del inmenso don que recibimos.**

¿Qué le sucedió a Simón? Él quería que Jesús viniera a comer a su casa: «*Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa*». Pero, Simón, ¿qué buscaba? Era fariseo y tenía poder. Se creía tal vez ya justificado y sentía que su vida era justa. Amaba y respetaba, actuaba bien y era buen hombre. No había necesidad de arrepentimiento en su vida, porque no hacía nada mal. ¡Cuántas veces somos nosotros como este fariseo! Parece ser que no necesitaba nada. No era menesteroso. Sin embargo, ¿por qué quiso tener a Jesús en su casa? Quizás quería que Jesús se preocupara también un poco de él. Y se sentía orgulloso de tenerle a su mesa. Jesús le dio una oportunidad. Quizás la oportunidad de su vida. Estando en su casa sucedió que entró aquella mujer. Al verla y al ser testigo de sus actos, se escandalizó en su corazón. Sabía que era una mujer conocida como pecadora. En ese momento le duele el corazón y condena a Jesús y a la mujer: «*Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: - Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora*». Muchas veces nosotros nos dejamos llevar por la imagen que tenemos de una persona y juzgamos sin piedad. Sabemos algo, intuimos mucho y condenamos fácilmente. No tenemos una mirada pura. Nos creemos

jueces y pasamos por la vida decidiendo quién hace algo mal y quién lo hace bien. El Señor le pidió a Simón que abriese los ojos y mirase a la mujer con los mismos ojos con los que Él la estaba mirando. Así le dice a Simón: « *¿Ves a esta mujer?*» Simón no la había visto en realidad. Había visto su prejuicio, había escuchado la vida de esa mujer, tenía ya su opinión formada. Por lo tanto, es verdad que no vio a esa mujer arrodillada, no vio su humillación y tampoco vio su amor. Jesús le habla y le ayuda a abrir los ojos y mirar como Él, con limpieza y profundidad, con pureza, viendo la intención, la verdad de esa mujer que tiene enfrente, su corazón purificado por el dolor y el amor. Jesús le va contando cómo la mira Él. La mira con infinito respeto porque es una mujer que ama con toda el alma y lo expresa con su cabello y con sus lágrimas. Es una mujer valiente que se atreve a aparecer en la casa de un fariseo y arrodillarse. Es una mujer que se siente frágil, vulnerable y por eso llora, se siente indigna y quiere mostrar sin palabras cuánto le quiere. **La mujer no dice una sola palabra, sólo son gestos de amor, gestos que salvan. ¡Qué valiente!**

El encuentro con Jesús no puede dejarnos igual. A veces adaptamos demasiado a Jesús a nuestra vida, sin que eso nos incomode, sin que implique ningún cambio porque más o menos estamos bien, justificandolo todo. No queremos cambiar nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestros pecados. Tal vez nos parecemos a Simón al principio, cuando invitó a Jesús. Algo habría en el corazón de Simón para invitarle, alguna inquietud o pregunta, o alguna curiosidad. Quizás por esa puerta entró Jesús en su vida. Lo cierto es que Jesús aceptó la invitación y fue a su casa, porque siempre acepta nuestros deseos, cuando le abrimos las puertas de nuestra vida. Jesús mira el corazón del hombre, nos mira en nuestra verdad y no puede dejar de conmoverse. Me alegra que Jesús vaya a comer con un fariseo. Jesús sabe cómo son los fariseos, conoce sus debilidades y su rigorismo. Muchas veces vemos cómo los critica. Sin embargo, atiende al ruego de Simón y come con él. Para Jesús, lo importante es la persona, no el grupo al que pertenece. Y disfruta de las cosas sencillas de la vida como una comida. Este encuentro sucede en la vida cotidiana. Muchas veces los milagros más grandes suceden en medio de la vida. A veces ni los percibimos, como nos ocurre en este relato. No hay un gran milagro espectacular, pero gracias a aquella mujer que se arrodilló ante Jesús, pudo acercarse al corazón de Simón, algo duro, y le enseñó a mirar de forma diferente. ¿En qué ha cambiado mi vida, mi forma de mirar, de vivir, el haberme encontrado con Cristo? Es verdad que a veces somos como el fariseo, que invitamos a Jesús y deseamos que nos cambie. Pero luego nos encontramos con nuestra miseria y juzgamos, nos dejamos llevar por los prejuicios, condenamos a los que son diferentes despreciándolos en nuestro corazón. Es verdad que otras veces nos hemos postrado, lo hemos tocado y besado deseando que nos cambie el corazón. Lo hemos hecho cuando hemos sufrido la debilidad y el pecado, cuando nos hemos sentido desvalidos y vulnerables, cuando no teníamos méritos que presentarle a Jesús y éramos conscientes de nuestro poco valor. En esos momentos nos hemos arrodillado con nuestras lágrimas. En esos momentos Cristo se ha abajado y ha tocado el corazón. Es Él el que elige, es María quien elige. A veces pensamos que nosotros somos los que invitamos, los que ponemos las reglas del juego, los que decidimos lo que está bien y lo que está mal. Nos gusta mucho mandar, decidir y hacer a nuestra manera. Hasta que nos confrontamos con la realidad. Ante nuestro pecado, en nuestra miseria, sólo podemos postrarnos. No tenemos otros argumentos sino el de la misericordia. Y lo que nos conmueve de verdad es que Cristo no se retira, no se aleja de nuestras lágrimas, de nuestras manos que quieren retenerlo y poseerlo. No nos echa en cara el pecado ni nos recuerda lo poco que valemos. No se escandaliza de nuestra debilidad aunque para nosotros sea despreciable. Pero no lo hace por obligación o porque sienta que no puede hacer otra cosa. No, Cristo, María, se han enamorado de nosotros. Y no les mentimos. A veces en la vida podemos engañar a otros, fingir lo que no somos, desear vivir una coherencia que no vivimos. Tal vez en el mundo logramos ocultar nuestro pecado, disimular nuestra herida, tapar las caídas. Sí, podemos hacerlo en el mundo, no ante Dios. Y Cristo, como hoy Jesús ante la mujer arrodillada y su

pecado, ante Simón y su juicio duro y sin misericorida, ante ellos a quien no condena, igual con nosotros. Nos mira con amor, con pasión, conmovido. Se alegra al vernos de rodillas, abajados, hundidos. Nos levanta. La fe nos salva y nos hace nuevos. Cristo hace nuevas todas las cosas. Se acerca y nos habla en el corazón. Con su abrazo o con sus palabras nos cambia la vida. Sabe lo que siente Simón, ve su corazón endurecido, su prejuicio frente a la mujer y su decepción frente a Jesús que parece no ver que esa mujer no es pura. Juzga a la mujer y sobre todo juzga a Jesús. Porque se sale de sus esquemas de lo que está bien y lo que está mal. Pero Jesús se preocupa de él, de su esclavitud, de su pecado, no sólo del pecado de la mujer. Se acerca a Simón, se lo lleva a parte para no humillarle delante de sus servidores e invitados. Le muestra una forma diferente de medir. Una medida centrada en el amor. No le dejó a un lado porque sus sentimientos fuesen egoístas. **Jesús confió en él y no condenó su falta de amor.**

Jesús es amor que exige y es amor que confía, en el caso de Simón. Jesús es amor que abraza y levanta en el caso de la mujer arrodillada. Se deja invitar por Simón, se deja tocar por él, por su vida, por sus amigos, por sus gustos. Al mismo tiempo, se deja tocar por la mujer. Por una mujer que había pecado, que no estaba en paz consigo misma. Una mujer herida que ama, porque se siente perdonada y aceptada por Él. Muchas veces en nuestra vida es Jesús el que toma la iniciativa; otras veces es Dios el que responde al mínimo gesto nuestro, algo torpe y limitado. Acude a nosotros con infinito respeto, sin forzar nuestra vida, porque nos respeta tanto. Decía estos días el Papa Francisco: «*No tengáis miedo de acercaros a Dios*». Entre la mujer y Jesús casi no hay palabras. Ella no habla, se acerca. Su amor se expresa en gestos. Gestos tal vez torpes, como los nuestros, que expresan un deseo, una súplica, el deseo de vivir de verdad, de no volver a ser rechazada. Jesús sabe leer detrás de esos gestos. Ve la luz detrás de la sombra de su vida. Percibe un atisbo de pureza en esa súplica de vivir de forma diferente. ¿Nosotros sabemos expresar con gestos que amamos a Dios y a los hombres? ¿Sabemos pedir con humildad perdón, sin buscar excusas, sin justificar nuestro pecado? **¿Cuáles son nuestros gestos más propios al amar? ¿Sabemos leer en los gestos de los que nos rodean su cariño?**

Impresiona que Jesús hable mucho más a Simón que a la mujer. A la mujer sólo le dice dos cosas: tus pecados te son perdonados y tu fe te ha salvado. Es curioso, porque, en realidad, lo que ha mostrado la mujer al arrodillarse y besar los pies de Jesús es un amor valiente, audaz, tierno, hondo, imprudente, impaciente. Es un amor apasionado, sin barreras, sin límites. Es un amor algo salvaje, que no mide, que no busca la aprobación. En su amor arrodillado hay una fuerza impresionante. Es un amor que lleva a Simón a juzgar la conducta, porque no ve en la mujer más que su pecado, su antigua vida, su limitación. En cambio, Jesús, ve en lo más profundo. Jesús se deja tocar y besar. Impresiona ver a Jesús hombre. Agradece una caricia, una muestra de amor. Se conmueve y no la rechaza. El amor de Jesús era humano y divino. Pero era humano, se expresaba en gestos. No le eran ajenos la caricia y el calor del beso. Jesús se enterneció ante tanto amor. Creo que Jesús le diría más cosas a esa mujer. Seguramente en un susurro, para que nadie más lo percibiese. Pero Jesús también la amó. Su amor no sólo es pasivo. Las palabras que le dirige expresan, eso sí, el milagro que va a ocurrir y por eso le dice lo mismo que les dice a las personas a las que les sana cuando le suplican una curación: «*Tu fe te ha salvado*». La fe es amar a Jesús y postrarnos ante él. La mujer tiene fe en Jesús porque lo ama. Precisamente su amor despierta en ella la confianza y la fe viva en un hombre que, si quiere, puede salvarla. Por eso Jesús alaba su fe y, al hacerlo, alaba su amor. A veces pensamos que la fe es un conjunto de normas y creencias. Es mucho más y, a la vez, algo más sencillo. Consiste en amarle con toda el alma, con nuestra vida y estar con él, mostrándole con gestos que le amamos. Nuestro corazón roto, la pequeñez de nuestra vida, ese pecado reconocido que nos hace tan pequeños y a veces no nos perdonamos, es lo que abre el corazón de Jesús. La mirada de Jesús es increíble. Mira conociendo al otro, su verdad, su sed, pero también sabiendo lo que puede llegar a ser. Ojalá Jesús nos enseñe a detenernos ante cada persona, a dejarnos invitar y tocar, a saber mirar a los otros como Él. **Y también a dejarnos mirar por sus ojos llenos de misericordia y de perdón, que nos preguntan si le amamos.**